

Libre para volar

**La historia de un padre
y la lucha por la igualdad**

Traducción de Julia Fernández

**ZIAUDDIN
YOUSAFZAI**

CON LOUISE CARPENTER

Alianza Editorial

Título original: *Let Her Fly*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Ziauddin Yousafzai 2018
© del prefacio: Copyright © Malala Yousafzai 2018
© de la traducción: Julia Fernández Hart, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-594-5
Depósito legal: M. 18.874-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Prefacio	9
Prólogo	15
Padre	27
Hijos	69
Esposa y amiga	105
Hija	139
Epílogo	185
Agradecimientos	191

*Para el doctor coronel Muhammad Junaid
y para el doctor Mumtaz Ali. Ellos fueron
quienes operaron providencialmente a Malala
en Pakistán, cuando sufrió el atentado. Con la
gracia de Dios salvaron la vida de Malala.*



Hablando en una escuela secundaria de niñas en Masái Mara, Kenia, bajo los auspicios de Free the Children.

Construyendo un muro de una escuela en Masái Mara, Kenia, con Malala y Craig Kielburger, cofundador de Free the Children.



Con refugiados sirios en Jordania.



Con Malala en el parque nacional Masái Mara, Kenia.



Islamabad, 2018: Malala recibiendo un beso de mi madre, Maharo Bibi, con su abuela materna, Del Pasanda. Desde detrás las observamos Toor Pekai, sus hermanos y yo.



Malala con su tío, mi hermano Saeed Ramzan, en Islamabad.



Mi sobrino Mubashir Hassan con Khushal, Malala y Atal.

En nuestra antigua casa familiar en Mingora, delante de la vitrina de los premios de Malala.



2018: Un momento muy emotivo, después de aterrizar en el mismo helipuerto de Swat desde el que Malala fue trasladada a Peshawar en 2012.

Prefacio

Malala Yousafzai

He escrito este prefacio para dar las gracias a mi padre. Desde que le conozco ha sido la personificación del amor, la compasión y la humildad. Me ha enseñado qué es el amor, no solo con palabras, sino con sus propios actos de afecto y cariño. No he visto nunca a mi padre ser despreciativo o injusto con alguien. Para él, todas las personas eran iguales, ya fueran musulmanas o cristianas, de tez blanca u oscura, pobres o ricas, hombres o mujeres. Como director de un colegio, activista social y comprometido trabajador social, era atento, respetuoso y colaborador con todos. Todo el mundo le quería. Se convirtió en mi ídolo.

No éramos una familia rica económicamente, pero sí lo éramos en un sentido ético y moral. *Aba* piensa que la riqueza no constituye un factor ni una garantía para ser feliz. Nunca nos sentimos pobres, aunque recuerdo con toda claridad épocas en las que no teníamos suficiente dinero para comprar comida. Si mi

PREFACIO

padre obtenía algún dinero de los ingresos del colegio, gastaba casi todo en un día en la familia, nos traía fruta y daba el resto a mamá, pues era ella la que se encargaba de comprar muebles, cubiertos, etc. A mi padre ir de compras le aburría; le aburría tanto que muchas veces discutía con mamá si ella se demoraba demasiado. Ella le regañaba y le decía: «Ya me lo agradecerás cuando lleves este traje». Le encantaba vernos felices y sanos a mis hermanos, a mi mamá y a mí. Para él, nosotros teníamos lo que más importaba en la vida: educación, respeto y un amor incondicional que era suficiente para que nos sintiéramos ricos y felices.

Su amor por mí le convirtió en un escudo que me protegía de todo lo malo e infame que me rodeaba. Fui una niña feliz y segura, incluso en una sociedad que no ofrecía la perspectiva más halagüeña para mi futuro como mujer. En el hogar en el que crecí se sentía un profundo respeto por las mujeres y las jóvenes, aun cuando este respeto no se reflejara en el mundo al otro lado de nuestras paredes. Pero mi padre me proporcionó el escudo del amor. Él era mi defensa en una sociedad que no me trataba como a una igual. Desde el principio, se enfrentó a todo lo que amenazaba mi futuro. Yo tenía derecho a la igualdad y él se aseguró de que pudiera ejercerlo.

Esta cultura del respeto que imperaba en casa, especialmente hacia las mujeres, iba unida a la convicción de Aba del valor de vivir la vida en toda su plenitud y de aprovechar las oportunidades que nos presenta. Aprendí de él que debo esforzarme en hacer las cosas lo mejor que pueda, que debo ser lo mejor que pueda y que debo respetar a las personas, con independencia de su procedencia.

PREFACIO

Mi padre y yo hemos sido amigos desde el principio y lo seguimos siendo, lo que no es frecuente a medida que las niñas crecen y empiezan a distanciarse. Yo solía compartir todo con mi padre, más que con mi madre, desde quejarme por los dolores del periodo hasta pedirle que me consiguiera compresas. De hecho, mi madre me asustaba bastante de lo estricta que era. Mi padre siempre se ponía de mi lado cuando discutía con mis hermanos, lo que ocurría casi todos los días.

Yo no era distinta de las otras niñas de mi clase en Pakistán, de mis amigas del barrio y de las demás niñas del valle de Swat. Pero tuve la inestimable oportunidad de que en casa me apoyaran y me animaran. No es que mi padre me diera largas charlas o consejos cada día. Más bien era que sus maneras, su dedicación al cambio social, su honestidad, su mentalidad abierta, sus ideales y su comportamiento ejercieron una gran influencia sobre mí. Me mostraba su aprecio constantemente. Siempre me decía: «Vas muy bien en tus estudios, *Jani*», «Hablas muy bien». Me puso de apodo *Jani*, que significa «querida amiga». Siempre podía contar con su reconocimiento y sus ánimos por mis pequeños logros, mi trabajo escolar, mis dibujos, mis competiciones de oratoria, todo. Mi papá siempre estaba orgulloso de mí. Creía más en mí que yo misma. Y esto me dio la confianza de que podría hacer todo lo que me propusiese.

Mi padre sabe escuchar y esta es una de sus cualidades que siempre me han encantado. Por supuesto, no me refiero a cuando está absorto en su iPad o en Twitter. Entonces tienes que llamarle «*Aba*» al menos diez veces para que responda. Aunque

PREFACIO

cada vez dice «Sí, *Jani*», me doy cuenta de que en realidad no escucha mientras está en Twitter. Cuando escucha a la gente, en especial a los niños, les dedica toda su atención y atiende a lo que le dicen. Conmigo también era así. Siempre escuchaba lo que le contaba, mis pequeñas historias, mis quejas, mis preocupaciones y mis proyectos. Mi padre me hizo darme cuenta de que mi voz era poderosa e importante. Esto es lo que me animó a usarla y me dio una confianza inmensa. Sabía cómo contar una historia, sabía cómo defender mis convicciones y cuando llegaron los talibanes, estaba convencida de que era capaz de alzar la voz para defender mi educación y mis derechos.

Cuando me hice más mayor empecé a ver lo distintos que eran mis padres cuando las niñas de mi entorno dejaban de ir a la escuela o no se las permitía ir a sitios en los que también habría hombres y muchachos. Perdemos a muchas mujeres y jóvenes en esta clase de sociedad, en la que los hombres deciden cómo deben vivir las mujeres y qué deben hacer. He visto a jóvenes extraordinarias a las que se obligó a renunciar a su educación y su futuro. A esas jóvenes nunca se les dio la oportunidad de ser ellas mismas. Pero yo no era una de ellas. Yo pronunciaba discursos en lugares en los que solo hablaban los chicos y por todas partes a mi alrededor oía a los hombres decir: «A estas chicas hay que mantenerlas separadas». A algunas de mis compañeras de clase y amigas sus padres y sus hermanos les impedían participar en los debates escolares entre chicas y chicos. Mi padre era completamente contrario a esta mentalidad y quería que cambiara.

Recuerdo que cuando mi papá charlaba con sus amigos y los ancianos que le visitaban en la habitación de invitados de nues-

PREFACIO

tra casa, yo les llevaba el té y me sentaba con ellos. Mi papá nunca decía: «Malala, los mayores estamos hablando de política, son cosas de adultos». Dejaba que me sentara y escuchara y, además, permitía que les expusiera mi opinión.

Esto es importante porque una niña que crece en una sociedad o en un hogar donde impera la desigualdad tiene que luchar contra su propio temor de que sus sueños no lleguen a hacerse realidad. Para millones de niñas, la escuela es un sitio más seguro que su hogar. En casa se les ordena que cocinen y limpien, y que se preparen para el matrimonio. Incluso en mi caso, con mis padres, la escuela me ofrecía un refugio de las limitaciones de la sociedad. Cuando iba al colegio, mi mundo eran mis fantásticos profesores y la fantástica directora, y a mi lado, en clase, estaban mis amigas, y todas hablábamos de aprender y de nuestros sueños para el futuro.

Es difícil expresar cuánto me gustaba ir a la escuela que fundó mi padre. En clase, aprendiendo, casi podía sentir que mi cerebro crecía y crecía físicamente. Yo sabía que era la información lo que estaba expandiendo mi mente, todas las cosas que ocupaban mi cabeza, ampliando mis horizontes.

Aquel papá que me educó sigue siendo hoy el mismo. Es idealista. Además de ser maestro, es poeta. A veces pienso que vive en un mundo de ensueño, un mundo de amor a la gente, un mundo de amor a sus amigos, a su familia y a todos los seres humanos. No suelo leer poesía, pero sí me llega este mensaje de amor.

La gente que quiere cambiar el mundo muchas veces abandona demasiado pronto, o ni siquiera llega a empezar. Dice:

PREFACIO

«Esto me supera. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudar?». Pero mi papá siempre creyó en sí mismo y en su poder para cambiar las cosas, ya fuera en algo nimio. Me enseñó que, aunque solo podamos ayudar a una persona, no debemos pensar que no merece la pena. Cada pequeña aportación cuenta a largo plazo. Para mi padre, el éxito no consiste únicamente en alcanzar un objetivo. Es hermoso ponerse en marcha, recorrer el camino, contribuir al cambio y fomentarlo.

Puede que mi padre no logre convencer a todo el mundo de que hay que tratar a las mujeres con respeto y como a iguales —lo que sigue haciendo a día de hoy—, pero cambió mi vida para mejor. Me dio un futuro, me dio mi voz ¡y me dejó volar!

Aba, ¿cómo podré agradecértelo?

Prólogo

Muchas personas me preguntan, con amor y benevolencia en sus corazones: «¿Cuál ha sido el momento del que se siente más orgulloso, Ziauddin?». Pienso que quizá están invitándome a responder: «Cuando Malala recibió el Premio Nobel de la Paz, por supuesto», o «Cuando habló ante la ONU en Nueva York por primera vez», o «Cuando conoció a la reina».

Malala es respetada y honrada en todo el mundo, pero para mí es imposible responder a esta pregunta porque, en el fondo, no es una pregunta sobre Malala mi hija, sino sobre lo influyente que ha sido. ¿Debo sentirme más orgulloso por el hecho de que hable con una reina o con un jefe de Estado que por un Premio de la Paz? No podría decirlo.

Por el contrario, lo que respondo es: «Me siento orgulloso del Malala cada día de mi vida», y lo digo con total sinceridad. Mi Malala es tanto la joven que me hace reír en el desayuno con su ingenio cortante, mucho más agudo que el mío, como la niña que durante gran parte de su vida fue a una escuela mo-

desta en Mingora, Pakistán, y resultó ser más fuerte que los talibanes.

Nunca he conocido a otra niña o a otro niño al que le apasione tanto aprender. Y aunque el mundo piense: «Es que Malala es muy lista», como muchos estudiantes, a veces está sobrecargada de trabajo. Cuando una fría jornada inglesa se apaga en una noche inglesa aún más fría —y los Yousafzai, acostumbrados a los rayos del sol quemándonos la piel, sentimos el frío inglés hasta los tuétanos—, Malala con frecuencia permanece despierta en su habitación, la lámpara encendida sobre sus libros, el ceño fruncido. Trabajando, estudiando, siempre estudiando, preocupada por sus notas.

La bendición de la vida de Malala —su «segunda vida», como su madre, Toor Pekai, la ha llamado desde que Dios salvó a Malala del atentado que sufrió— no es solo que Malala la haya dedicado a luchar por los derechos de todas las niñas sin excepción. También es que ella misma está haciendo realidad su propio sueño. A veces, para un padre, un momento de verdadera belleza, de suerte, de amor, de admirarse maravillado *¿Cómo puede ser hija mía esta niña tan extraordinaria?!* se manifiesta en cosas que en apariencia son insignificantes: una mirada, un gesto, un comentario maravilloso, lúcido e inocente al mismo tiempo. Así que, si se me pregunta por el momento del que me siento más orgulloso hasta ahora como padre, diré que está relacionado con la Universidad de Oxford y con preparar y tomar una simple taza de café.

Desde que nos vinimos a Inglaterra, Malala siempre ha tenido muy claro que quería estudiar política, filosofía y economía en

la Universidad de Oxford. Esa fue también la elección de Benazir Bhutto, la primera mujer que desempeñó el cargo de primer ministro en nuestro país.

Malala ya había tenido contacto con la Universidad de Oxford, famosa en todo el mundo. En su campaña pública había hablado allí tres o cuatro veces desde que nos mudamos a Birmingham, y yo la había acompañado en cada ocasión. Para entonces ya era lo bastante mayor como para cuidarse por sí misma y no hacía falta que yo le planchara el vistoso shalwar kamiz y los velos que su madre había elegido para ella, o limpiarle los zapatos, como había hecho cuando en Pakistán hacíamos campaña por la educación de las niñas.

Me encantaba encargarme de esos llamados quehaceres domésticos para Malala y ahora que se ha independizado por completo los echo de menos. ¿Por qué me gustaba tanto ocuparme de esas tareas? Porque con esos pequeños actos me parecía que podía expresar mi amor y mi apoyo a mi hija y a su género. Era el mismo sentimiento que, cuando nació —mi bendita hija—, me había impulsado a incluir su nombre, el primer nombre de mujer en trescientos años, en nuestro antiguo árbol familiar. Era una forma de mostrar al mundo, de mostrarme a mí mismo, no solo con palabras sino también con actos, que las niñas son iguales que los niños; que importan, que sus necesidades importan, incluso las más pequeñas, como tener un par de zapatos limpios.

Soy consciente de que padres y madres en todo el mundo llevan a cabo esos pequeños actos de servidumbre por sus hijos, niñas y niños, en muchas culturas diferentes, pero, para mí, un

PRÓLOGO

hombre de mediana edad de una sociedad patriarcal en Pakistán, fue necesaria una evolución.

Soy de una región en la que durante toda mi vida me han servido mujeres. En mi familia, mi género me hacía especial. Pero yo no quería ser especial por esta razón.

De niño, en Shangla, durante los largos y cálidos días, hombres y muchachos disfrutábamos de refrescos que nos preparaban y servían para que estuviéramos a gusto. Después eran retirados. Ni siquiera teníamos que chasquear los dedos ni hacer una señal con la cabeza. Era una rutina que hundía sus profundas y serpenteantes raíces en cientos de años de patriarcado: inconsciente, no explícito, natural.

Nunca vi que mi padre o mi hermano se acercaran al horno en nuestra sencilla casa de barro. En mi infancia yo tampoco me aproximé al horno. Cocinar no era para mí ni para ningún hombre. De niño aceptaba esto como una verdad incuestionable.

El olor del curry al cocinar siempre me llegaba acompañado de la animada charla de mi madre y mis hermanas, hablando mientras cortaban y troceaban, sabiendo instintivamente que las partes más sabrosas del pollo que estaban preparando, los muslos, la pechuga, no serían para sus labios, sino que me las servirían a mí —su hermano menor, un niño—, a su hermano mayor y a su padre. Después de acalorarse con el horno y el vapor y todo el trabajo, las excelentes cocineras de mi familia tenían que conformarse con las peores partes.

Su afán de servirnos, de hacernos sentir cómodos, también era evidente cuando preparaban el té, que ocupaba incluso más tiempo en el transcurso de nuestros días. En mi opinión, el té

PRÓLOGO

que tomamos en Pakistán es el más delicioso del mundo. Nos gusta muy caliente, dulce y lechoso, y ahora que vivo en Inglaterra puedo decir que no se parece en nada al famoso té inglés, que reconozco que soy incapaz de beber.

Como muchas otras cosas de mi antiguo mundo, en Pakistán el té es producto de un ritual. Primero, la tetera debe estar completamente limpia, sin residuos de otros té s anteriores. Además, las hojas deben ser de buena calidad. Entonces la tetera se llena de agua, que se hierve con las hojas del té. Cuando está hirviendo con fuerza se añade la leche y después el azúcar. A continuación vuelve a calentarse. Entonces una mujer coge un cazo y lo llena de líquido, lo levanta del recipiente y lo vuelve a verter en el recipiente a continuación. Sigo sin entender por qué se hace esto, pero las mujeres de mi casa siempre preparaban el té así y quedaba muy caliente, dulce y delicioso. Hay una versión que es aún más fuerte, el *doodh pati*, en la que no se emplea agua, sino que al principio se hierve una cantidad mayor de leche, después se añaden las hojas de té y el azúcar, y a continuación se vuelve a calentar todo hasta que queda como miel líquida.

Los hombres nunca hacíamos este delicioso té; solo lo disfrutábamos. Uno de mis primeros recuerdos es estar sentado en nuestra pequeña salita de estar y ver a mi padre echado en la cama plegable, incorporado sobre almohadones. Mi madre entró en la habitación llevando una bandeja, un recipiente y dos tazas. Mi padre no levantó la vista de lo que estaba leyendo, probablemente un grueso volumen de hadices, una colección de tradiciones que contienen los dichos del Profeta Mahoma (la paz sea con él). Ella acercó una mesa, colocó la bandeja en ella

PRÓLOGO

y sirvió el té caliente en una taza. Se la ofreció a él y después sirvió una segunda taza para mí, su querido hijo pequeño. Después, aguardó.

Aguardó hasta que mi padre y yo hubimos bebido todo lo que necesitábamos antes de beber ella misma. A veces mi padre le expresaba su gratitud, pero no siempre.

La calidad del té que te dan se puede juzgar en tres fases, me explicó él. Primero, un hombre debe observar la textura del té cuando se le sirve de la tetera a la taza. Después, debe fijarse en el color del té en la taza. Y, por último, la prueba definitiva es cuando te lo llevas a los labios.

Durante muchos años, todo lo que mi padre, mis tíos y yo teníamos que hacer para saborear un té era coger la taza y acercarla a la boca. Si no hubiera estado como a mi padre le gustaba, este no habría sabido hacerse una taza. Se habría limitado a pedir a mi madre o a mis hermanas que volvieran a la cocina y lo hicieran de nuevo. Esto rara vez ocurría porque mi madre era experta en saber lo que le gustaba a mi padre. Después de todo, su función en la vida era servirle.

Cuando tiene que hablar en público o participar en algún debate, Malala nunca parece nerviosa. Pocas veces se pone nerviosa en algún sitio o se emociona, como me ocurre a mí, excepto cuando está cerca de sus profesores. La he visto dirigirse a los líderes de la Commonwealth con una calma casi sobrenatural; sin embargo, cuando asistía conmigo a las reuniones de profesores y padres de alumnos del Edgbaston High School, donde terminó el bachillerato, siempre se sonrojaba casi imperceptiblemente.

PRÓLOGO

Sus mejillas mostraban ese mismo rubor en agosto de 2017, cuando cuatro de los cinco miembros de nuestra familia visitamos el Lady Margaret Hall en Oxford. Estábamos entusiasmados y emocionados, tras haber recibido la noticia de que Malala había obtenido las notas necesarias para entrar en el LMH y podría ocupar su plaza allí ocho semanas después.

Yo veía que Malala estaba nerviosa. Era la primera vez que Toor Pekai, su hermano Khushal y yo veíamos el Lady Margaret Hall, con su imponente fachada de ladrillo rojo y sus hileras de ventanas de arco. La belleza de la Universidad de Oxford nunca deja de llenarme de admiración. Nada nos había preparado para esto, ni las visitas previas ni el estatus de portavoz del Sindicato de Estudiantes. Esta vez, simplemente, Malala era una alumna y yo su padre.

Dos estudiantes nos mostraron el Lady Margaret Hall en una visita guiada, que Toor Pekai y yo agradecemos: la biblioteca era enorme, con sus altos anaqueles llenos de libros y libros. Ya la mera cantidad era asombrosa. Como maestro, he dedicado dieciocho años de mi vida a aprender a ayudar a los demás a aprender, ¿cómo no me iban a emocionar aquellos libros? Los talibanes habían quemado cientos de colegios con libros y prohibido la educación de las niñas. Me habían amenazado con palabras y casi matan a mi hija con balas, por ser una niña que quería aprender, leer. Pero si pensamos en nuestra vida ahora, esto era el designio de Dios. El hombre propone, y Dios dispone. Malala no solo ha sobrevivido al atentado por defender el derecho a la educación, sino que ha mostrado la fortaleza de recuperarse, sanar y seguir aprendiendo a fin de

ser admitida en Oxford. Soy un hombre emotivo. Ver a mi hija a punto de hacer realidad su sueño de estudiar en la universidad fue abrumador. «Pero, Ziauddin —me dije—, contén las lágrimas por ahora».

Después de la visita guiada, el director del colegio nos condujo a una gran sala con techos altos; había tanto espacio y aire para aprender... Sentía que el horizonte se ampliaba dentro de aquellas cuatro paredes. En torno a sillas y sofás había pequeños grupos de personas que charlaban en voz baja. El lema del LMH es *Souvent me Souviens*: Recuerdo a menudo.

Al otro lado de la sala vi al director que se dirigía a la máquina de té. ¿Qué habría dicho mi padre de ese invento? Cogió una taza, echó una bolsita que tomó de un recipiente y colocó la taza bajo la máquina, que la llenó de agua caliente. Tras unos segundos, puso la taza en un platito y echó un poco de leche. Después de mover el té y tirar la bolsita, tomó la taza de té con el plato y cruzó la sala. Éramos muchos los que no teníamos una taza, pero él continuó hasta que llegó a su destino, momento en el que se la entregó a Malala.

Souvent me Souviens. Solo entonces empecé a llorar.

Así que, si me preguntas ahora: «Ziauddin, ¿cuál es el momento del que te sientes más orgulloso hasta la fecha?», te diré que fue cuando el director del Lady Margaret Hall hizo una taza de té a Malala y se la ofreció. Fue un momento completamente normal y natural, por ello tanto más hermoso y poderoso que cualquier audiencia de Malala con un rey o reina o presidente. Demostraba algo que creo desde hace mucho, que cuando luchas por un cambio, ese cambio llega.

PRÓLOGO

Esta taza de té se preparó a la manera occidental, muy distinta de la nuestra. Mi padre se habría negado a beber el té que se le ofreció a Malala. Mi padre lo habría rechazado y una mujer de la familia se lo habría cogido de la mano y lo habría retirado, mortificada por el hecho de que a él no le hubiera complacido. Pero ese momento del té fue aún más dulce por el hecho de que si mi padre hubiera estado con nosotros en aquella gran sala, no habría estado en su mano rechazar esa taza. Esta probablemente habría pasado por su lado hasta llegar a su nieta.

Yo crecí creyendo en las ideas patriarcales de la sociedad. Solo en mis años de juventud empecé a cuestionar todo lo que había dado por sentado. Mi vida ha seguido esta pauta: tender a algo nuevo, hallarlo y aprenderlo desde cero. ¿Qué era aquello que anhelaba mucho antes de que naciera Malala? ¿Y que después quise para ella, y para mi esposa, y para mis alumnas, y para todas las niñas y mujeres de esta maravillosa tierra de Dios? Al principio, no lo expresé como feminismo. Esta es una valiosa denominación que conocí más tarde en Occidente, pero por aquel entonces yo no conocía el feminismo. Durante más de cuarenta años no supe lo que significaba. Cuando me lo explicaron, dije: «¡Entonces he sido feminista durante la mayor parte de mi vida, casi desde el principio!». Mientras vivía en Pakistán me parecía que mis cambiantes ideas se basaban sobre todo en el amor, en la decencia y en la humanidad. Simplemente quería, y sigo queriéndolo, que, en todas partes, las niñas vivan en un mundo que las trate con amor y las reciba con los brazos abiertos. Quería entonces, y quiero ahora, el fin del patriarcado, de un sistema de ideas creado por el hombre, que se alimenta del

temor, que embellece la represión y el odio como principios de la religión, y que, en el fondo, es incapaz de comprender la belleza de que todos viviéramos en una sociedad verdaderamente igualitaria.

Eso fue lo que me movió a derramar lágrimas por una simple taza de té: simbolizaba el final de una lucha que yo había librado durante dos décadas para conseguir la igualdad de Malala. Malala ya es adulta, lo bastante mayor, experimentada y valiente como para librar su propia lucha. Pero la lucha por todas las niñas en todo el mundo no ha acabado. Todas las niñas, todas las mujeres merecen el respeto que a los hombres se les confiere de forma automática. A todas las niñas deberían ofrecerles una taza de té en una institución académica —ya sea en Pakistán, en Nigeria, en la India, en Estados Unidos, en el Reino Unido—, tanto por el gesto en sí como por todo lo que simboliza.

El camino hasta experimentar la clase de amor y alegría profundos que siento cuando veo que mi hija ha alcanzado la igualdad no siempre es fácil para quienes hemos sido educados en sociedades patriarcales. Al aprender estas nuevas formas de vida tuve que desprenderme de todo lo que vino antes. La primera persona que se interponía en mi camino era mucho más peligrosa para mí que cualquier antiguo guerrero pashtún armado con un escudo y una daga. Era yo mismo, mi antiguo yo, el viejo Ziauddin que me susurraba al oído: «¿Adónde vas? ¡Date la vuelta! No seas absurdo. Este camino es frío y solitario, y todo lo que necesitas para sentirte a gusto es regresar adonde viniste».

PRÓLOGO

Ha sido todo un periplo, traumático y no exento de sacrificios; casi perdí a la persona por la que empecé a luchar. Pero Malala vive y se está educando. Yo estoy vivo, su madre está viva, sus hermanos están vivos y, de muchas formas distintas, todos nos estamos educando: Malala y sus hermanos con libros; su madre, Toor Pekai, también. Yo espero seguir aprendiendo lecciones de la vida, con todas sus recompensas y decepciones, sus profundas alegrías y sus numerosos desafíos.

He escrito este libro con la esperanza de que un día proporcione apoyo y ánimos a mujeres, niñas, hombres y muchachos que sean lo bastante valerosos como para exigir igualdad, lo mismo que nuestra familia.

Pues solo cuando el director de un colegio de una sociedad otrora patriarcal sirva una taza de té a una joven de la tierra y las montañas como Malala, solo cuando gracias a una educación de calidad llegue ella a ser esa directora, solo entonces habremos cumplido nuestra misión.